La Dama de Europa

Ara Antón

nowtilus

Colección: Novela Histórica
www.nowtilus.com

Título: *La Dama de Europa*
Autores: © Ara Antón

Copyright de la presente edición © 2014 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3.º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Edición impresa: 978-84-9967-653-1
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-654-8
ISBN Digital: 978-84-9967-655-5
Fecha de publicación: Noviembre 2014

Impreso en España
Imprime: Enlace Gráfico
Depósito legal: M-27283-2014

A las mujeres que no permiten
que nada ni nadie las aparte de su destino.
A dos niñas, un deseo.

ÍNDICE

Principales personajes 11
Capítulo 1 17
Capítulo 2 27
Capítulo 3 37
Capítulo 4 61
Capítulo 5 89
Capítulo 6 99
Capítulo 7 143
Capítulo 8 161
Capítulo 9 177
Capítulo 10 189
Capítulo 11 201
Capítulo 12 221
Capítulo 13 245
Capítulo 14 261
Capítulo 15 283

Capítulo 16 311
Capítulo 17 339
Capítulo 18 361
Capítulo 19 401
Capítulo 20 421

Principales personajes históricos

Leonor de Aquitania (1122-1204): hija de Guillermo X, duque de Aquitania, y de Aenor de Châtellerault. Fue duquesa de Aquitania y Guyena, condesa de Gascuña, reina consorte de Francia por su matrimonio con Luis VII y reina consorte de Inglaterra y Gales por su matrimonio con Enrique II.

Godofredo V Plantagenet (1113-1151): conde de Anjou y de Maine y duque de Normandía. Fundador de la dinastía Plantagenet y padre de Enrique II.

Enrique II Plantagenet (1133-1189): hijo de Godofredo V de Anjou y de Matilde de Inglaterra. Fue duque de Normandía, conde de Anjou, duque de Aquitania por su matrimonio con Leonor y rey de Inglaterra desde 1154.

Guillermo (1153-1156): primer hijo de Enrique y Leonor, conde de Poitiers.

Enrique el Joven (1155-1183): hijo de Enrique y Leonor, heredero al trono a la muerte de su hermano mayor. Se casó con Margarita de Francia.

Matilde Plantagenet (1156-1189): hija de Enrique y Leonor, duquesa de Sajonia. Se casó con Enrique el León, duque de Sajonia, de cuyo matrimonio nació Otto IV de Brunswick, emperador del Sacro Imperio.

Ricardo I, Corazón de León (1157-1199): hijo de Enrique y Leonor, duque de Normandía y rey de Inglaterra desde 1189.

Godofredo (1158-1186): hijo de Enrique y Leonor, duque de Bretaña por su matrimonio con Constanza de Bretaña y padre de Arturo.

Leonor Plantagenet (1160-1214): hija de Enrique y Leonor, reina consorte de Castilla por su matrimonio con Alfonso VIII desde 1170 hasta su muerte.

Juana Plantagenet (1165-1199): hija de Enrique y Leonor, reina consorte de Sicilia por su matrimonio con Guillermo II. A la muerte de su marido se casó con Raimundo VI de Toulouse.

Juan I (1166-1216): conocido como Juan sin Tierra, hijo de Enrique y Leonor. Fue rey de Inglaterra desde 1199, a la muerte de su hermano Ricardo I.

Godofredo Plantagenet, el Bastardo (1152-1212): hijo bastardo de Enrique II Plantagenet, fue nombrado arzobispo de York por Ricardo Corazón de León.

Blanca de Castilla (1188-1252): hija de Alfonso VIII de Castilla y Leonor Plantagenet, nieta de Enrique II y Leonor de Aquitania. Fue reina consorte de Francia por su matrimonio con Luis VIII.

Constanza de Bretaña (1161-1201): hija de Conan IV, duque de Bretaña, y de Margarita, condesa de Herford. Fue duquesa de Bretaña desde la muerte de su padre en 1171. Se casó con Godofredo, hijo de Enrique II y Leonor de Aquitania, y en terceras nupcias con Guy de Thouars.

Esteban de Blois (1096-1154): hijo de Esteban II, conde de Blois, y de Adela de Normandía, hija de Guillermo el Conquistador. Fue rey de Inglaterra desde 1135.

Luis VII de Francia (1120-1180): hijo de Luis VI de Francia y Adela de Saboya. Subió al trono en 1137. Se casó con Leonor de Aquitania (1137), con Constanza de Castilla (1154) y con Adela de Champaña (1160).

Felipe II de Francia (1165-1223): hijo de Luis VII y Adela de Champaña. Fue rey de Francia desde 1179. Se casó con Isabel de Hainaut (1180), con Isambour de Dinamarca (1193) y con Inés de Merán (1196).

Luis VIII de Francia (1187-1226): hijo de Felipe II de Francia e Isabel de Hainaut y nieto de Luis VII. Fue rey de Francia desde 1223. Se casó con Blanca de Castilla.

María de Francia (1145-1198): hija de Luis VII y Leonor. Se casa con Enrique I, conde de Champaña y de Brie. El primer hijo de su matrimonio fue Enrique I de Jerusalén.

Alix de Francia (1151-1195): hija de Luis VII y Leonor. Se casó con Teobaldo V de Blois.

Margarita de Francia (1158-1197): hija de Luis VII de Francia y Constanza de Castilla. Se casó con Enrique, hijo de Enrique II Plantagenet y de Leonor. Posteriormente, tras la muerte de Enrique, fue reina de Hungría por su matrimonio con Bela III.

Conrado III (1093-1152): emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Con él comienza la dinastía de los Hohenstaufen. Participó en la Segunda Cruzada.

Federico I Hohenstaufen, llamado Barbarroja (1122-1190): hijo de Federico II de Suabia, a su muerte fue duque de Suabia como Federico III. Fue emperador del Sacro Imperio Romano Germánico desde 1155.

Otto IV de Brunswick (1175-1218): hijo de Enrique el León, duque de Sajonia y de Baviera, y Matilde Plantagenet. Miembro de la dinastía güelfa. Fue rey de Alemania desde 1198, en lucha con Felipe, duque de Suabia, y emperador del Sacro Imperio desde el 1209.

Manuel Comneno (1118-1180): emperador de Bizancio desde 1143 hasta su muerte.

Bohemundo II (1108-1130): príncipe de Antioquía desde 1111 hasta su muerte. Estuvo casado con Alicia o Alix.

Alix de Antioquía (1110-1137?): hija de Balduino II de Jerusalén y esposa de Bohemundo II.

Constanza de Antioquía (1127-1163): hija de Bohemundo II, fue princesa de Antioquía desde 1130 hasta su muerte. Con nueve años la casaron con Raimundo de Poitiers.

Raimundo de Poitiers (1105?-1149): hijo de Guillermo IX, duque de Aquitania, y Felipa, condesa de Tolosa. Tío de Leonor. Fue príncipe de Antioquía durante trece años, por su boda con Constanza, hija de Bohemundo II.

Guy de Lusignan (1150-1194): rey de Jerusalén, por su matrimonio con Sibila de Jerusalén en 1186, hasta su ocupación por Saladino en 1187.

Conrado de Montferrato/Conrado I (1140-1192): rey de Jerusalén por su matrimonio con Isabel de Jerusalén desde 1190.

Rogelio II de Hauteville (1095-1154): rey de Sicilia desde 1130 hasta su muerte.

Hugo IX de Lusignan († 1219): apodado Le Brun. Fue señor de Lusignan y conde de La Marche.

Guillermo de Poitiers (1071-1126): duque de Aquitania y conde de Poitiers. Es el primer trovador en lengua provenzal conocido. Abuelo de Leonor.

Raúl de Vermandois (1085-1152): conde de Vermandois y senescal de Luis VII. Se casó con Leonor de Blois, a la que repudió para casarse con Petronila, hermana de Leonor de Aquitania.

Teobaldo V (1130-1191): conde de Blois desde 1151 hasta su muerte. Se casó con Alix, hija de Luis VII y Leonor.

Raimundo V de Toulouse (1134-1194): conde de Toulouse. Debería ser, según estudios recientes, Raimundo VII. Fue hijo de Alfonso I Jordán y de Faidida de Uses. Se casó con Constanza, hija de Luis VI de Francia.

Raimundo VI de Toulouse (1156-1222): hijo de Raimundo V y de Constanza, hermana de Luis VII de Francia. Se casó en terceras nupcias con Juana de Inglaterra, hija de Leonor de Aquitania.

Aymar V de Limoges (1135-1199): vizconde de Limoges. Durante el asedio a su castillo de Châlus por Ricardo Corazón de León, este fue herido por una flecha, a consecuencia de lo cual murió pocos días después.

Guillermo le Maréchal (1145-1219): nació en Inglaterra y fue hijo de Jean le Maréchal y de Sybille de Salisbury. Su sobrenombre se debe a su abuelo, Gilbert, mariscal del rey Enrique I Beauclerc. Sirvió a Enrique II Plantagenet y, a la muerte de este, a su hijo Ricardo Corazón de León.

Godofredo de Rancon: señor de Taillebourg. Fue comandante de la vanguardia del ejército francés en la Segunda Cruzada.

Guillermo Longchamp († 1197): con Enrique II Plantagenet entró al servicio de su hijo Godofredo Plantagenet y con Ricardo Corazón de León se convirtió en canciller de Inglaterra y obispo de Ely.

Thierry Galeran: consejero templario de Luis VII de Francia.

Huberto Gautier: arzobispo de Canterbury.

Elías de Malemort: arzobispo de Burdeos.

Thomas Becket (1118-1170): fue arzobispo de Canterbury y lord canciller de Inglaterra durante el reinado de Enrique II.

García Ferrández: obispo de Pamplona desde 1194 a 1205.

Suger de Saint-Denis (1081?-1151): abad de Saint-Dennis, historiador y consejero de Luis VI y Luis VII de Francia.

Bernardo de Claraval (1090-1153): abad del monasterio cisterciense de Claraval. Expandió la orden del Císter por toda Europa y sentó las bases de la arquitectura de sus monasterios. Redactó la regla de la orden del Temple. Predicó la Segunda Cruzada.

Mercadier († 1200): jefe de mercenarios a las órdenes de Ricardo I y de su hermano Juan I.

Josselin y Ranoul: amanuenses de Leonor de Aquitania.

Ágata: niñera de los hijos de Leonor.

Alfonso VIII de Castilla (1155-1214): hijo de Sancho III de Castilla y Blanca Garcés de Pamplona. Se casó con Leonor Plantagenet, hija de Leonor de Aquitania y de Enrique II de Inglaterra. Su hija Blanca fue reina consorte de Francia por su matrimonio con Luis VIII.

Saladino (1138-1193): sultán de Egipto y Siria, venció a los cruzados en la batalla de Hattin.

Principales personajes de ficción

Blédhri/Bléd: personaje del que existen referencias históricas. En la ficción es nieto de un antiguo druida irlandés, compañero de juegos de Leonor durante su infancia y su consejero privado a lo largo de toda su vida.

Brianda de Vouillé: esposa de un vasallo del señor de Barbacieux, se convierte en amante de este. Más tarde es prometida de Pedro y, finalmente, esposa de Amaury.

Señor de Barbacieux: supuesto amante de Brianda.

Pedro: sobrino del arzobispo Elías de Malemort.

Señor de Dax: pretende repudiar a su esposa María y es asesinado por Brianda.

María de Montfort: esposa del señor de Dax.

Felipe de Dax: hijo del señor de Dax y aspirante al trono tras su muerte.

Jean de Luzaide: señor principal del burgo de los francos en Pamplona.

Íñigo de Egües: señor principal de la Navarrería en Pamplona.

Fernando de Aviados: comendador templario de Puente la Reina.

Felicia de Aquitania: personaje de leyenda en el Camino de Santiago.

Roberto de Hossegor: caballero franco, residente en Logroño.

Padre Pelayo: monje benedictino del Monasterio de Santa María la Real, en Nájera.

Michel: soldado de la guardia personal de Blanca de Castilla.

Hugo: padre de Michel que forma parte de la guardia personal de Felipe II de Francia.

Amaury: primo de Guy de Thouars, desposó a Brianda de Vouillé.

1

—¡Calla, Blédhri! –ordenó la reina, colocándose la mano tras la oreja derecha–. Creo que oigo pisadas aproximándose.

Blédhri detuvo su narración y prestó atención. Leonor presumía de oído endurecido, pero quien parecía no oír era él mismo. Efectivamente, fuera de los aposentos se escuchaba el repiqueteo de botas apresuradas. Al llegar frente a la puerta se detuvieron los pasos y una de las monjas, con un leve siseo de faldas, se introdujo en la estancia.

—Señora –se inclinó la novicia, con la voz y la belleza tras los velos–, han llegado enviados del rey. La abadesa Mathilde desea saber si queréis recibirlos.

—Por supuesto que sí –afirmó la reina, levantándose sin ayuda de su sillón–. ¿Cómo ha podido dudarlo? –bufó, apartando a un lado a la monjita, quien retrocedió asustada, ocultándose aún más en las piedras del suelo.

—Es que… como hoy os quejabais de dolor en la espalda, pues la madre pensó que…

—En primer lugar no necesito que nadie piense por mí, y en segundo lugar, los dolores son secundarios cuando hay que realizar una tarea. ¡Haced entrar a esos hombres!

La muchacha se apresuró hacia la puerta, que abrió sin ruido y con demasiada lentitud para las expectativas de Leonor, quien gruñó exasperada, mirando hacia su compañero de tantos años, el cual susurró apenas:

—No debéis alteraros, señora.

—No me fastidies tú también, Bléd –le contestó entre dientes Leonor, estirando la espalda para tomar de nuevo la soberanía que la había

ayudado a controlar a los más levantiscos varones. Sonrió a los recién llegados con su encanto de los mejores días.

—Señor arzobispo –se controló la reina, temiéndose lo peor al ver a Huberto Gautier de Canterbury tan lejos de su iglesia–. ¿A qué debo el honor de vuestra visita? Y vos, mi querido Guillermo, ¿cómo está vuestra bella esposa la condesa de Striguil?

—Señora –se arrodilló Le Maréchal, asombrado de nuevo de la altiva figura, como aquel día, después de la muerte de Enrique, cuando, enviado por Ricardo, acudió a liberarla y la encontró ya libre, en Winchester, como si los largos años de prisión nunca hubieran existido. Su figura era, como siempre, la de una gran reina, en ningún caso la de una mujer doblegada por dolorosas circunstancias–. Mi esposa se encuentra muy bien, gracias –musitó apenas, impresionado aún por la dama que, para él como para muchos otros, era la reencarnación de aquellas heroínas y reinas celtas que ahora corrían en boca de trovadores y bardos.

—Levantaos, amigo –concedió ella, sin abandonar la amabilidad ni la postura majestuosa que le martirizaba sin piedad la espalda. Sabía que no debía mostrar impaciencia, pero la angustia la superaba. Habían sido demasiadas noticias desagradables en los últimos meses. No obstante, después de saludar a ambos hombres, se dirigió tranquila y derecha hasta su sillón y, con un elegante gesto, invitó a sus visitantes a sentarse también.

Blédhri hizo intención de salir, pero un bufido de la reina lo contuvo. Se colocó a sus espaldas, después de una reverencia de saludo a los recién llegados, y tomó su actitud habitual de respetuosa indiferencia.

—Tal vez os encontréis muy cansados –se obligó Leonor a controlar su impaciencia, haciendo gala de sus refinados modales, que en los años de su reinado había conseguido imponer en todas sus cortes, sacando materialmente de la barbarie a las personas que la rodeaban– y necesitéis comer o beber, o incluso reposar, antes de comunicarme las nuevas que traéis.

—No, gracias, señora –dijo el arzobispo, asentando cómodamente sus amplias posaderas en el sillón, para dejar bien claro que estaba mucho más a gusto que sobre los lomos de su caballo–. El rey nos ha ordenado… –«El rey, luego no le ha ocurrido nada a mi hijo…», pensó Leonor– … que os informemos lo más pronto posible del pacto al que ha llegado con Felipe.

—¡Ah! ¡Vaya! Me alegro de que hayan conseguido ponerse de acuerdo en algo –ahora la sonrisa de la reina no fue fingida. Realmente venían a traerle buenas noticias. Suspiró, descansada, al tiempo que hacía un pequeño gesto, que fue inmediatamente captado por una de sus mujeres,

quien se acercó a los visitantes para ofrecerles vino. Ambos rehusaron la invitación y encararon a Leonor, esperando su venia para hablar.

—Bien, amigos –concedió, con aquella chispa que nunca había perdido y que en su juventud hacía que los hombres cayeran rendidos ante sus más disparatados caprichos–. Os escucho.

—Señora –comenzó el arzobispo–, vuestro hijo se ha encontrado con el rey francés y, como vos le habíais sugerido, ha conseguido el compromiso de su heredero con vuestra nieta.

Leonor se mantuvo imperturbable; ni un sólo músculo se movió en su cuerpo. Si no hubiera tenido casi ochenta años, tal vez habría gritado de alegría o saltado por la habitación, pero ahora ya sabía que la impavidez de los reyes guarda secretos. Además, con «aquellas malditas rodillas» le habría resultado imposible.

—Me complace que se haya retomado la solución que ya mi querido hijo Ricardo había propuesto y que otros sucesos demoraron. Bien. –Se puso en pie, incapaz de continuar quieta–. Supongo que vos, Guillermo, habréis organizado la partida –por un segundo pareció dudar, aunque se rehízo rápida, indicando con un grácil gesto de su mano derecha, a los hombres que se habían levantado siguiendo su movimiento, que volvieran a sentarse.

—Sí, señora. En cuanto se tomó el acuerdo y vuestro hijo decidió que erais la indicada para negociar con Alfonso de Castilla, comencé a preparar la escolta, que no ha de ser pequeña, pues los inconvenientes del viaje son imprevisibles. Mañana comenzarán a llegar el arzobispo de Burdeos, Elías de Malemort, y sus gentes, junto con Mercadier y los suyos.

—No acaba de gustarme ese hombre –torció el gesto Leonor–. Es demasiado agresivo y altanero.

—Cierto es, mi señora –admitió Le Maréchal–, pero Mercadier ha probado con creces su fidelidad a vuestro hijo Ricardo y ahora a Juan. Su amor por vuestra casa está fuera de toda duda. Sabéis que él se encargó de desollar y colgar luego a Pedro Basile, el culpable de la muerte de nuestro querido Ricardo, que aunque en su lecho de muerte el rey le había perdonado, todos sabíamos que no era conveniente dejar sin castigo.

—Sí, supongo que los mercenarios son un mal necesario, pero no puedo por menos que sentir una cierta prevención ante él. De todas formas no son más que manías de vieja. Sea bienvenido si va a facilitarnos el viaje. ¿Habéis enviado mensajeros a Alfonso? –pasó rápidamente a otro asunto de los muchos que ya le bullían en la cabeza.

—Sí, señora –ahora fue el arzobispo quien se apresuró a tranquilizar la impaciencia de la reina, que ya era difícil ignorar–. Desde el mismo momento de la toma del acuerdo salieron para Castilla.

—Traedme a Josselin –ordenó hacia el corro de mujeres que sentadas junto al ventanal fingían bordar–. Porque me imagino –y ahora se dirigió al arzobispo– que a quien no habréis informado es a mi hija Leonor.

—Pues… –dudó el prelado– creo que no, pero como ya…

—¿Ya qué, señor? ¿Pensáis acaso que mi yerno va a decidir sin contar con mi hija? Necio sería si lo hiciera y, desde luego, hasta el momento, no me ha demostrado tal cosa. Leonor debe percatarse de todas las ventajas que esa unión puede traer para nosotros y para ellos. Aunque debo reconocer que nosotros seremos los principales beneficiarios –reflexionó un instante, viendo ya el provecho que la unión traería para su casa. Continuó después, como si nunca se hubiera callado–. Aunque ella esté lejos, no ha olvidado su sangre ni mis consejos. Ahora su hija es el futuro de nuestro linaje, ya que no pudo ser la unión que yo había proyectado de nuestro heredero Enrique, que Dios haya, con la hija de Luis. ¡Dios, qué deprisa ha transcurrido el tiempo! –suspiró, pasándose la mano por la frente, como queriendo borrar recuerdos dolorosos que, si cedía a ellos, podrían frenar su actividad y decisiones. La vida seguía a pesar de los muertos y ella estaba allí para ayudarla a continuar.

El amanuense se apresuró a ocupar su espacio frente a una pequeña mesita portátil que acompañaba a la reina en todos sus desplazamientos. Esperó en atento silencio a que Leonor comenzara a dictar.

Su carta fue cariñosa, pero clara sobre las conveniencias. Explicó la difícil situación de Juan, cuyo carácter inestable y casi infantil lo colocaba constantemente en situaciones comprometidas frente a sus señores, e incluso ante la nueva burguesía, dueña ya de riquezas que ella se había apresurado a reconocer y a controlar. El nuevo rey no respetaba siquiera a los caballeros, quienes habían ido ganando un poder que no se podía despreciar y que ya hacía plegarse a la nobleza. Sus disputas habituales con Felipe, mucho más sagaz y decidido que él, ponían constantemente en peligro Normandía, vieja aspiración del francés. Le habló también del impulso de las ciudades, que ella había admitido, cediendo a sus peticiones de autogobierno a cambio de que mantuvieran su propio ejército, consiguiendo así un ahorro importante a las arcas reales. Hechos llevados a cabo con gran trabajo por su parte, pero que su hijo no parecía entender y mucho menos valorar, lo que estaba poniendo en riesgo sus posesiones. El futuro de la familia –aseguró en su misiva– estaba, en parte, en esa decisión que, sin ninguna duda, aconsejaba a su hija tomar. Le anunciaba una fecha aproximada para su llegada, recomendándole que debía tener conseguida para entonces la aquiescencia de su esposo, caso de que él dudara de las ventajas de la unión o que ya tuviera otros

proyectos, los cuales habían de ser frenados hasta que ella llegara, para poder, entre todos –y esto lo dictó con una leve sonrisa–, decidir lo más conveniente, dado que ya con alguna de las princesas andaban en tratos matrimoniales.

—Bien –decidió al terminar, frotándose las manos, que se le quedaban heladas–. Saldremos en cuanto pase el día del Señor.

—Pero… –dudó Guillermo– no tendremos tiempo para organizar todo y hasta es posible que alguno de los señores no haya llegado y entonces…

—Estoy segura de que tendréis el suficiente, al menos a eso me habéis acostumbrado a lo largo de todos estos años, y en cuanto a que quizá alguno se retrase, nos alcanzará en el camino. De momento marcharemos por nuestros territorios. Por cierto –detuvo sus intranquilos paseos, que hacían revolverse en sus sillas a los visitantes, tomando incómodas posturas para encararla–, supongo que habréis mandado mensajeros a los señores de las tierras que hayamos de atravesar, para pedirles permiso.

—Sí, señora. Eso ya está hecho –asintió Le Maréchal con una sonrisa de satisfacción–, aunque aún no hemos recibido sus respuestas.

—No importa, no esperaremos por ellas; nadie con sentido común puede oponerse a este proyecto que va a beneficiarnos a todos. ¿Queréis atender el fuego? –casi gritó a sus mujeres, que se apresuraron a levantarse y a añadir unos troncos a la gigantesca chimenea que caldeaba la habitación–. Sabéis que hace un frío de todos los demonios y os olvidáis de alimentar las llamas.

Ninguna de las jóvenes se atrevió a decir que el calor se hacía casi insoportable. Todas sabían que la reina, en los últimos años, se había vuelto friolera y que además no le gustaba que se lo recordaran.

—Señores –se paró ante los recién llegados–, si no tenéis nada más que decir, podéis retiraros a descansar. Tenéis tiempo hasta la comida, que deseo hagáis conmigo –y, sin más, les volvió la espalda, dirigiéndose a la ventana, al grupo de mujeres, las cuales hicieron intención de levantarse–. No os mováis, pequeñas, sólo deseo comprobar el trabajo que habéis hecho esta mañana.

El lunes siguiente, antes de amanecer, Leonor pateaba intranquila sus habitaciones.

—Dije que quería salir temprano. ¿Es que nadie me ha escuchado?

—Señora –trataba de tranquilizarla Blédhri–, Guillermo ultima los preparativos. Creo que anda nervioso porque no ha llegado Mercadier, aunque sí Elías, el arzobispo de Burdeos.

—Le he dicho que no lo necesitamos. Nos alcanzará en el camino. No podemos esperarlo, es urgente que partamos y dejemos este asunto arreglado.

—Lo arreglaremos, señora; tenemos mucho tiempo.

—No te empeñes en hacerme creer eso. Tanto tú como yo ya no deberíamos estar aquí. Hemos enterrado a demasiada gente.

—Cierto es, señora. Por eso pienso que aún tenemos que hacer algo importante y vos habéis dicho que este nuevo encargo lo es. No temáis, se nos concederá tiempo. Además, nadie ha demostrado aún la obligación de la muerte. Quizá lo que deberíamos hacer es no creer en ella.

—A veces consigues sacarme de quicio con esa confianza tuya en… –dudó, encarando al anciano, de cuyos negros ropajes destacaban, casi brillantes, su cabeza y sus barbas blancas– … bueno, en lo que sea, que no lo sé.

—Claro que lo sabéis, porque nunca os ha fallado cuando lo habéis buscado. Y por cierto, ya que hablamos de fuerzas incompresibles –cambió de tono el hombre, pareciendo recordar algo–, Guillermo me ha dicho que Felipe ha exigido a vuestro hijo, para cerrar el trato, que le devuelva la Santa Espina.

—Pero… –Leonor detuvo sus pateos impacientes para mirar a su acompañante con la frente fruncida– la Espina quedó en manos de Enrique, el emperador de Alemania, quien nos la exigió para liberar a Ricardo, precisamente porque Felipe le informó de su existencia.

—Así es. Pero el rey sabe que, después de su muerte, su sucesor, Otto de Brunswick, vuestro nieto, al que vos y Ricardo pusisteis en el trono, es quien debe guardarla y, por agradecimiento, no os la negará.

—Creía que Felipe no era precisamente religioso, después de sus enfrentamientos con la Iglesia.

—No sé si se trata de convicciones religiosas o de supersticiones, o simplemente de poner la mente a trabajar por medio de un objeto al que nosotros mismos conferimos poder. El pensamiento puede ser nuestro mayor enemigo o el mejor de los aliados; todo depende del control que seamos capaces de ejercer sobre él. Tal vez el rey no conozca esto pero, con la sabiduría elemental que todos tenemos, lo intuya. De cualquier manera, no es bueno que se crea protegido; eso le hará volverse insolente.

—Lo sé y me preocupa. De todas formas, si eso es parte de las condiciones y Juan lo ha aceptado, no nos queda más remedio que admitirlo y actuar.

—Vuestro hijo no da importancia a nadie ni tiene respeto por nada; no sabe, o no quiere saber, que la mente de las gentes, bien orientada,

puede volverse casi todopoderosa, porque las limitaciones son aprendidas. Vos misma lo habéis experimentado en algunas ocasiones.

—Yo sí, pero él no es capaz de parar a escucharse y mucho menos a escuchar a los demás, porque su naturaleza no se lo permite; es tan inconstante, intranquilo e inestable como todos los Plantagenet, con el agravante de que su padre, al menos al principio, tenía un objetivo claro y él carece de expectativas y visión de futuro. Estoy asombrada de que haya sido capaz de entender lo importante que es conseguir este matrimonio.

De repente, un rayo de luz se deslizó desde los ventanales, alcanzando los pies de Leonor, quien se adelantó, friolera, para dejar que la bañara.

—Ha salido el sol y aún no hemos comenzado a andar –reflexionó como para sí, mudando inmediatamente el tono para gritar a un grupo de caballeros que hablaba en una esquina de la estancia–. ¿Es que tendré que descender yo misma al patio para organizar la salida? –Los hombres se apresuraron fuera, cerrando sin ruido a sus espaldas–. Bien –dulcificó la voz para dirigirse ahora a sus mujeres, que esperaban vestidas y dispuestas–, creo que ahora ya podemos bajar; en menos de un suspiro, estaremos en caravana.

La mañana de octubre era fría y neblinosa. Leonor se arrebujó en sus pieles y desde lo alto de la escalera contempló el ajetreo en el patio de la abadía. Hombres y bestias se afanaban en sus tareas. Algunos de los carros salían por las puertas, abiertas hacia el camino por donde ya marchaban. Los pastores conducían sus rebaños, intentando, con sus incomprensibles voces y la ayuda de sus perros, orientarlos en la dirección elegida. Mujeres arremangadas y sudorosas, a pesar del frío reinante, colocaban enseres de todo tipo sobre las carretas que aún esperaban, apartando impacientes a una caterva de chiquillos y animales que correteaban alrededor, metiéndose entre las piernas y dificultando los desplazamientos a todos los presentes. Algunos caballeros y damas conversaban, sujetando ellos sus monturas, que andaban intranquilas y levantiscas, y ellas sus espesas capas, que apenas eran capaces de aislarlas de la gélida atmósfera. Debían todas cabalgar, porque la reina así lo había ordenado, puesto que ella misma deseaba hacerlo. La mayoría mantenía la inconfesable esperanza de que Leonor se cansara enseguida y pudieran ocupar sus puestos en los carros, donde viajarían más calientes, envueltas en mantas y rodeadas de piedras que se habían enrojecido en los fuegos. Muchos jovencitos, hijos de nobles, que eran criados por los hermanos de sus madres o, en su defecto, por amigos de sus padres, observaban encantados el aparente desorden que iba a proporcionarles una diversión añadida. Todo el mundo gritaba o

daba órdenes, que milagrosamente eran oídas por los interesados, quienes se apresuraban a obedecer al señor que organizaba a sus hombres y pertrechos. El aire olía a humo, a estiércol, a sudores de hombres y bestias y a sabrosos guisotes que se habían repartido hacía poco para calentar el estómago antes de salir al camino, pero nadie parecía percibir la potente mezcla y todos, incluidas las damas, reían o se movían excitados por la novedad que iba a sacarles de su rutina, que últimamente, habida cuenta de la edad de la reina, pensaban que iba a instalarse mientras ella viviera.

Leonor contempló el conocido espectáculo, repetido en todos y cada uno de los múltiples viajes acometidos a lo largo de su dilatada existencia. Respiró con placer el aire frío y deseó intensamente estar ya marchando por los caminos. Había decidido ir, como siempre lo había hecho, a caballo. No sabía muy bien si sería capaz de aguantar demasiado, pero quería intentarlo; era una manera de ignorar su edad y la proximidad de la muerte, que cada día que pasaba se volvía más inevitable. Si se sentara en un carro, no podría disfrutar de la misma manera del paisaje; no podría ser una con el entorno, ni estudiar los cambios que ahora se sucedían rápidos en los poblados y en las nuevas ciudades que surgían por doquier. Así, sin detener la marcha, le sería sencillo separarse en cualquier momento, para acercarse a grupos de campesinos o burgueses y escuchar sus quejas o peticiones.

Bajó la escalera, seguida del arzobispo de Canterbury y de la madre Matilde con algunas de sus monjas y monjes. Se apoyó en Le Maréchal; no era la primera vez y esperaba que no fuera la última… Movió la cabeza a un lado y otro, en un signo de negación, enfadada consigo misma. Estaba harta de que la idea de la ineluctable muerte se instalara en todas sus decisiones. Llegaría, sin duda, pero ahora, hoy, estaba viva y tenía que vivir y proceder como siempre lo había hecho. Muchos países dependían de que su misión tuviera éxito, así que no estaba dispuesta a permitir que esa estúpida y por demás realista idea de desaparición se instalara en ella, impidiéndole actuar y conformar a su modo y manera todas las naciones que dependían de su sangre.

Con el último peldaño, la marea que se movía por el patio la engulló. Guillermo la condujo hasta su caballo y la ayudó a montar; más exactamente, la izó en brazos hasta el lomo del animal. Ella le sonrió agradecida y tomó las riendas que un jovencito sujetaba, mirándola embobado.

—Guillermo –ordenó Leonor–, deseo que partáis inmediatamente para reuniros con mi hijo.

—En cuanto salgáis por la puerta, señora, lo haré. Aunque no puedo por menos que insistir en acompañaros. Temo dejaros sola en este largo y difícil viaje.

—El arzobispo de Burdeos y Mercadier me protegerán. No temáis por mí, sé arreglármelas. Mi hijo os necesita mucho más que yo. Tratad de hacerle entrar en razón cuando le veáis equivocarse. Mi viaje, después de la muerte de Ricardo, logró la fidelidad de nuestros señores así como la de las ciudades, con la concesión de pequeñas, y en muchos casos engañosas, libertades. Hasta rendí homenaje a Felipe, lo cual me costó una enfermedad, pero conseguí la estabilidad, para ofrecérsela junto con la corona. Esos dolorosos y esforzados empeños han conseguido este tratado, que quiero dejar resuelto lo antes posible. La boda traerá paz a las dos casas y eso es lo que más necesitan nuestras tierras, así que, por favor, tratad de controlar a Juan y disimular ante sus barones sus pataletas de infante. ¡Ah! –se acordó de repente–. Y si es posible, tratad de alargar la entrega de la Santa Espina. Sabéis que nunca hemos conseguido grandes cosas cuando no la hemos tenido en la familia. Juan parece ignorarlo, como otras muchas cosas, que no sólo no conoce, sino que además no desea conocer.

—Haré todo lo que pueda, señora. Sabéis que vuestro hijo posee la terquedad de los débiles.

—Lo sé, amigo, por eso os lo confío. Y ahora, dejadme partir para que intente salvar lo poco que queda de aquellos sueños, nacidos antes incluso de que vos alentarais. Que el Señor os acompañe, arzobispo –se despidió de Huberto Gautier, alzando un poco la voz. Luego, con afecto, casi susurró a Le Maréchal–: Quedad con Dios, amigo. –Bajó después los ojos, evitando mirar a su fiel vasallo, para que no viera las lágrimas que pugnaban por salir y no estaba dispuesta a consentir que nadie pudiera siquiera sospecharlas. Se volvió hacia el otro lado, sonrió apenas a la abadesa y sus monjas, de quienes ya se había despedido, sugiriendo algunos cambios en el control de la abadía de Fontevraud, para que estuvieran resueltos antes de su vuelta, pateó el vientre de su caballo y se alejó, seguida de sus mujeres, hacia su lugar en la caravana. Guillermo la miró partir, convencido de que no volvería a verla y un angustioso nudo le atenazó la garganta al comparar aquella gran mujer con el hijo débil e inseguro que, contra todo pronóstico, la había sucedido.

2

Elías de Malemort, arzobispo de Burdeos, se había adelantado hasta llegar a la altura de Leonor para anunciar la proximidad a tierras de los Lusignan.

—Tal vez sería mejor, señora, esperar a Mercadier. Ha enviado por delante a un mensajero y está viniendo a marchas forzadas. Es posible que pasado mañana o como mucho en tres días esté con nosotros. No me fío de Hugo le Brun, puede atacarnos con la disculpa de que no hemos esperado el permiso para cruzar sus tierras.

—Debemos arriesgarnos, arzobispo. En el viaje pueden surgir muchos inconvenientes que nos retrasen y no vamos a propiciarlos nosotros. Vamos a continuar; no tengo tiempo que perder.

—Está bien, pero quiero que sepáis que mis hombres solos no serán capaces de enfrentarse a los Lusignan, si deciden atacarnos.

—No temáis por ellos, no presentaremos batalla si esa desgraciada situación se diera.

—Continuemos entonces hasta que deseéis descansar. El sol está bajando y pronto todo estará oscuro.

—Tranquilo, señor, no pienso cabalgar hasta Angoulême. Hemos dejado atrás hace mucho Vivonne y me gustaría llegar a Couhe; los dos días que hemos descansado en Poitiers no me han dado fuerzas suficientes para pasar horas nocturnas al raso. Pero, esperad. ¿Qué es ese revuelo allá delante?

—Envié ojeadores y acaban de regresar. Si me disculpáis, señora, iré a ver qué nuevas traen.

—Id, Elías, pero me temo que su apresuramiento no indica nada bueno.

Los hombres llegaron junto al arzobispo antes de que este tuviera tiempo de moverse.

—Señor —descabalgó el primero, arrodillándose y besando el anillo que Malemort le tendió—, los Lusignan nos tienen rodeados. Nos doblan en número y vienen bien armados.

—Bien, detened la marcha y ordenad cerrar en círculo los carros. Señora —se dirigió ahora a Leonor con una especie de súplica en la voz—, entrad en el vuestro y no salgáis a no ser que yo mismo os lo pida.

—Sosegaos, arzobispo. Os obedeceré, pero me temo que me necesitaréis para las negociaciones. Si Hugo ha llegado a esto, no se conformará con una pequeña tajada.

Elías se alejó hacia la cabeza de la caravana y las mujeres de la reina se apresuraron a descabalgar, ayudadas por pajes y aprendices de caballero, que se hicieron cargo del frágil cuerpo de Leonor, conduciéndola despacio, ya que sus piernas, anquilosadas por el largo tiempo a caballo, se negaban a sostenerla, hasta el carro que siempre la esperaba dispuesto y caliente. Se acostó entre las pieles, que las piedras mantenían tibias, dejando espacio para que sus damas se sentaran alrededor, al tiempo que ordenaba:

—Si me duermo, cosa que dudo, no permitáis que Hugo me vea acostada. Si se acerca, despertadme para que baje a recibirlo. Y ahora, pedidle enseguida a Blédhri su infusión de miel, romero, cola de caballo y melisa. Me duelen todos los huesos del cuerpo.

Levantó apenas la cabeza para sorber el líquido, siempre dispuesto en un pichel que el anciano le ofreció, y luego se tendió, intentando relajar sus músculos.

Blédhri, junto al carro, se afanaba ordenando una fogata, para mantener en lo posible el calor en la proximidad de Leonor. Cuando la vio arder, se sentó junto a las llamas, fijando los ojos en ellas, absorto y olvidado del entorno. No supo el tiempo transcurrido cuando sintió la mano de la reina en su hombro.

—¿Qué has visto, amigo? —dijo, sentándose a su lado en la sedilia que alguien le colocó apresuradamente.

—Me extraña que me hagáis esa pregunta, señora. No paráis de repetir que es una tontería con la que pretendo engañaros.

—¡Déjate de monsergas, Bléd! ¿O acaso debo ordenártelo?

—No, señora, sólo quiero evitar que una vez os haya transmitido mi mensaje, digáis que es una bobería, como hacéis siempre, o peor aún, un juego de brujería para pasar el rato.

—No me enfades más de lo que ya estoy. Este malnacido de Lusignan nos está haciendo perder un tiempo precioso.

—Y más que os hará, si no accedéis a sus pretensiones.

—¿Qué es lo que quiere? Debo estar preparada para decidir. No deseo que consiga alterarme.

—Pues seguramente eso es lo que pretende, porque he creído ver que va a pediros el condado de la Marche; de lo contrario no os permitirá seguir viaje, aunque para eso tenga que encarcelaros.

—¡Maldito hijo de perra! Ha sabido jugar sus cartas. Está bien informado. Me inclino a pensar que ha sido el propio Felipe quien le ha puesto al corriente de mi viaje a Castilla.

—Probablemente así haya sido, aunque si deseáis seguridades, tendré que utilizar algo más de tiempo.

—No es necesario, amigo. El conocer ese punto no va a facilitarme las cosas. Ahí llega Pedro, el sobrino del arzobispo, seguramente su tío lo envía con las nuevas de Hugo.

—Señora –se arrodilló el joven, bajando ante la reina su hermosa cabeza rubia–, el de Lusignan desea veros. Se niega a hablar con nadie que no seáis vos.

—Alzaos, muchacho, y decid a Elías que estoy dispuesta.

—Si es así, tendréis que ir al castillo de Lusignan para pasar la noche y atender las peticiones de Hugo. No obstante, debo añadir que mi tío no cree conveniente que accedáis a entrar en la fortaleza, ya que teme que Le Brun os haga prisionera. Aconseja que le deis largas y esperéis a Mercadier, con lo que nuestras tropas serían equiparables y…

—… Y el conflicto se alargaría meses –cortó la reina al joven, que enrojeció–. Gracias por vuestro interés, Pedro –sonrió ahora al chico, quien enrojeció aún más–. Volved junto al arzobispo y decidle que ordene el giro a la derecha, hacia el castillo de Lusignan. Ya que he de pararme, me gustaría pasar la noche a cubierto.

—Sí, señora, lo haré, pero antes debo advertiros de que Hugo no bromea y es más que posible que os retenga contra vuestra voluntad y…

—Sosegaos, amigo –la confianza casi consiguió que el chico, que aún seguía arrodillado, cayera el suelo cuan largo era. Tragó saliva y apretó los dientes para controlarse, luego alzó la mirada y se atrevió a encarar los dulces ojos que lo contemplaban con una chispa de burla que, lejos de irritarlo, le encantó. ¡Qué bella dama tenía ante él! No le extrañó en absoluto que trovadores y poetas cantaran su hermosura, porque él, en aquel momento, no vio los estragos del tiempo, muy al contrario, le pareció estar contemplando a la mujer más bella que hubiera visto nunca. Parpadeó, como queriendo liberarse del embrujo y obedeció como un autómata al

gesto que le urgía a levantarse. Lo hizo muy despacio y, con la cabeza baja de nuevo, esperó la decisión de la reina.

—Idos ya, Pedro, y haced lo que os he ordenado.

—Sí, señora. Desde luego, señora. Pero antes, si me lo permitís, quisiera pediros un favor –se atropelló, castañeteando los dientes.

—¿Vos también, como Lusignan, deseáis algo?

—Sí, señora. O no, señora… –Cómo se odió por la impresión negativa que le parecía estar causando. Pero un anhelo lo ahogaba y tenía que ceder a él.

—¿Deseáis algo o no?

—Sí, señora.

—Bien, pues decid. –Ahora la sonrisa de la reina era clara, aunque mantenía, según la costumbre de los últimos años, los labios cerrados.

—Desearía que me permitierais cabalgar junto a vuestro carro. Temo que pueda haber problemas con los hombres de Lusignan y yo… pues…

—¿Me estáis ofreciendo protección, señor? –Leonor a duras penas podía contener la risa, observando al joven de poco más de dieciocho años hinchar el pecho y levantar la cabeza, viendo además de reojo a Blédhri removerse inquieto, tratando, él también, de mantener la seriedad.

—Señora, sé que todos los caballeros que os acompañan estarían dispuestos a protegeros, pero yo puedo morir por vos en cualquier momento y si Hugo quiere rehenes, estoy dispuesto, o incluso…

—Gracias de nuevo, querido Pedro. –Lo de «querido» hizo que el muchacho sintiera vahídos–. Estaría muy honrada y me sentiría muy segura si estuvierais a mi lado, pero es vuestro tío quien se encarga ahora de la logística; es a él a quien debéis pedírselo.

—Sí, señora. Desde luego, señora. Perdonad mi atrevimiento. Con vuestro permiso voy a cumplir vuestras órdenes.

—Id, Pedro, y no os alejéis demasiado de mí.

—Nada logrará que lo haga, señora. –El chico, totalmente rendido, hizo una reverencia y, sin volver la espalda, caminó hasta casi caerse sentado en la hoguera.

Leonor mantuvo la compostura y sólo cuando se había perdido de vista se permitió una risita.

—Otro al que habéis conquistado –intervino Blédhri, divertido–. Algún día comenzaré la lista de los hombres que os he visto manejar y espero que consiga suficiente pergamino para completarla.

—No siempre lo he logrado. Algunas veces, como en este momento, tuve que ceder. Ahora no dispongo de tiempo para doblegar al de Lusignan y, cuando digo tiempo, no sólo me refiero a mi prisa por llegar y volver de Castilla.

Cuando entró en el patio del castillo de Lusignan, Hugo le Brun la esperaba rodeado de sus vasallos. Los había convocado para que la reina viera que su petición era la de todos sus tributarios.

—Señora –se adelantó Hugo, poniendo su rodilla en tierra.

—Levantaos –bufó Leonor, abandonándose a los brazos que la bajaban del caballo–. Ambos sabemos que esta no es una visita de cortesía. Y ya que me habéis hecho venir, no perdamos el tiempo; guiadme junto a un fuego y exponedme vuestros deseos.

—Señora –casi se trabucó Hugo, quien habría deseado dar a la entrevista un cierto tono cortés, conocedor de los gustos de la reina–, permitidme que os ofrezca mi hospitalidad –insistió en su pretensión.

—No me queda más remedio que aceptarla ya que me habéis desviado del camino y que hace una noche de mil demonios. Conducidme junto al fuego, os digo, y luego hablaremos.

—Desde luego, señora –se acercó a Leonor, ofreciendo su brazo para que se apoyara. Ella lo ignoró, volviéndose. A su espalda se encontraba Pedro, quien interpretó su gesto, más por intuición que por razonamiento. La reina le pedía apoyo. Se apresuró, empujando a los señores que lo rodeaban, entre ellos a su propio tío, el arzobispo, y se ofreció a Leonor quien, graciosamente, sin descargar sus desgastados huesos en el fuerte brazo, caminó erguida y garbosa, sintiendo desleírse su columna a cada paso.

Hugo no tuvo más remedio que seguir a la pareja, contemplando perplejo cómo aquel «niñato» se deshacía en cuidados y atenciones hacia su reina, la cual parecía encantada, ya que reía los comentarios que el chico apenas murmuraba y que el de Lusignan sospechó tenían por protagonista a su persona.

Cuando Leonor estuvo instalada junto al fuego, en el sillón que habitualmente ocupaba el dueño de la casa y que no dudó en elegir, invitó a su séquito a sentarse, pues como explicó enseguida, quería «dejar arreglado aquel enojoso asunto, para poder continuar camino al amanecer». Hugo vio su autoridad menoscabada, por lo que apuntó la conveniencia de cenar y descansar y reunirse al día siguiente para tratar la oportunidad, o no, de que «la reina pueda seguir hollando mis tierras sin permiso».

—El permiso no es más que una disculpa que os habéis inventado para frenar mi viaje. Las cartas en que se os pedía licencia obran ya en vuestro poder, de modo que esa no es una excusa válida. Dejad de querer aparecer como un gran señor cuando no sois más que un rufián aprovechado. Pasad a exponerme vuestras pretensiones y liberadme de vuestra presencia.

Elías de Malemort se adelantó unos pasos, acercándose a Le Brun. Al arzobispo le temblaba ligeramente la voz cuando apuntó:

—Señor de Lusignan, espero que entendáis que la reina está muy fatigada por el viaje y necesita acortar protocolos y descansar.

Una risita, salida de algún rincón oscuro, rubricó las palabras del prelado, quien resopló de forma casi imperceptible. El señor del castillo bajó los ojos a las piedras y movió la punta de un pie como si buscara hacer un camino en ellas. Se demoró unos instantes y luego, comprendiendo que su papel de cortesano no era en absoluto aceptado, levantó la vista, decidido a conseguir su tajada sin florituras.

—Quiero el…

—… condado de la Marche –completó Leonor, sorprendiendo a todos los presentes, incluido al propio Hugo, quien la miró con la boca abierta–. Es eso, ¿no?

—Sí… eso es… sí.

—Bien, como supongo que si os lo niego me encerraréis en una mazmorra, no voy a hacerlo. Preparad el documento, os lo firmaré en cuanto haya salido de vuestras tierras. Podéis acompañarme hasta el linde o encargar a alguien que lo haga. Y ahora, dadnos de cenar y asignadme un aposento en el que luego pueda descansar. No obstante, creo que no deberíais haber hecho esto, pero aún sois joven. Seguramente os quedará tiempo para arrepentiros por ello.

A medio camino de Angoulême los alcanzó Mercadier. Se apresuró a presentarse ante Leonor, informado ya y pesaroso por no haber podido estar presente en el asunto de Lusignan.

—Siento mucho, señora, no haber tenido tiempo de llegar para evitaros la afrenta que habéis sufrido. Si puede consolaros, quiero aseguraros que no quedará sin la sanción adecuada. –Inconscientemente, Mercadier se llevó la mano al pomo de la espada–. No he querido hacer una expedición de castigo al pasar por sus tierras, para no perder más tiempo y no dificultar la vuelta, pero os aseguro que esto no será olvidado.

—Gracias, Mercadier, realmente os hemos echado de menos. Ese canalla de Lusignan ha sabido aprovechar muy bien las circunstancias. Pero en fin, el asunto, de momento, está resuelto, que era lo importante. Espero que vuestra presencia aquí evite nuevos incidentes.

—Podéis estar tranquila, señora. Ningún otro señor se atreverá a molestaros. –Mercadier sonrió, mostrando la dentadura que a Leonor le producía una especie de escalofrío, al tiempo que acariciaba, casi con ternura, la empuñadura de su compañera más querida–. En tres o cuatro días

más estaremos en Angoulême, donde nos detendremos hasta que hayáis descansado.

—No sé cómo llegaré hasta allí, pero si estoy como ahora, nos detendremos lo justo. Ya tendré tiempo de descansar cuando me muera.

—Señora… –quiso hilvanar una frase apropiada Mercadier, pero no pudo evitar una franca carcajada, mientras pensaba en lo parecida que era aquella mujer a su amado Ricardo, al que las dificultades parecían espolear.

Por vez primera la reina sonrió también, perdiendo un poco del recelo que le inspiraba el mercenario. Tal vez su hijo hubiera tenido razón y fuera de fiar. Bien, en todo caso, en aquel momento no había alternativa, por lo que de ninguna manera debía mostrar su aprensión, ya que un vasallo, o sirviente amante, es más fácil de manejar que alguien que alberga rencores. En pocos segundos recordó el odio de Thierry Galeran, el templario consejero de su primer marido, que ella, joven e inexperta, había propiciado con sus burlas y que tan caro hubo de pagar.

—Me gustaría –cambió la reina de conversación, por dejar de encararse a malas evocaciones y cesar asimismo de contemplar aquella chispa de perversidad en los ojos de su capitán– que dictarais los recuerdos que os quedan del tiempo que vivisteis con mi querido Ricardo. Hacédselos llegar luego a Guillermo le Maréchal, pues me ha confiado que está escribiendo sobre este tiempo que nos ha tocado vivir. Creo que vuestra visión de los hechos, ya que fuisteis uno de los protagonistas, le resultará muy interesante.

—Si vos me lo pedís, lo haré –aceptó el hombre, achicando aún más sus ojos y pasándose la mano por los negros cabellos–. Pero os aseguro, señora, que no son cantos complacientes ni poemas de trovador. Me ha tocado siempre, y no me quejo porque de eso vivo, la parte sucia de todos los asuntos y, aunque algunos los he resuelto con gusto, como el caso de Pedro Basile, el matador de vuestro hijo, en la mayoría he tenido que alejar mi mente de lo que hacía, porque no era precisamente agradable.

Leonor contempló por vez primera al hombre que se escondía tras la ferocidad de Mercadier y llegó a ver una cierta desazón, que nunca habría adivinado debajo de la máscara de poderío implacable. Fueron unos pocos segundos; enseguida, la sonrisa casi feroz resurgió y el mercenario alzó los ojos, encarándola, con su desafío característico.

—Y ahora, si me lo permitís, antes de ponernos de nuevo en marcha, voy a hacer una ronda para comprobar que todo está en orden.

—Desde luego, Mercadier, estamos en vuestras manos, así que mi deseo es que no dejéis nada al azar.

—No temáis, señora. Todo estará controlado para evitaros, dentro de lo posible, inconvenientes. –El soldado se inclinó y luego, con paso

elástico y seguro que Leonor envidió, se alejó, seguido de varios de sus hombres.

Blédhri se adelantó hasta el asiento en el que descansaba la reina.

—Pienso, señora, que a Mercadier no le resultaría muy difícil recuperar la Santa Espina cuando esté en manos de Felipe.

—Deja ese problema para cuando llegue; ahora tengo otras cosas en la cabeza. Por cierto, Bléd –cambió Leonor el tono para atraer la atención de su compañero a su nuevo proyecto–. Lo que he pedido a Mercadier se me ocurrió la noche que pasé sin pegar ojo en el castillo de Lusignan, desconociendo si al día siguiente iba a permitirme o no partir. –Calló unos momentos, tratando de olvidar el desgaste producido por el incidente y el miedo, nunca superado, a un nuevo encierro–. El final puede llegar en cualquier momento –continuó, cabeceando como para sí– y de la forma menos esperada… Sí, sí. No me consueles. –Manoteó en dirección a la boca abierta del viejo–. Ya sé que crees que vamos a vivir eternamente, o a regresar enseguida, o… Bueno, esos cuentos que te inventas para hacerme más llevadera la muerte. Déjalos ahora y escúchame. Antes de que la historia hable de nosotros, tomándose las libertades que desee el autor que la componga, tal vez deberíamos escribirla nosotros mismos, o sea tú, bajo mi control.

—¿Cuándo deseáis que lo haga? Porque supongo que sabréis que necesitaré consultar los legajos familiares y escuchar a los ancianos y…

—No quiero un panegírico a la moda. Ya me han contado la importancia de mi estirpe, cosa que puedes verificar a la vuelta, pero lo que deseo es que escribas ahora nuestras vidas, sólo las nuestras y las de aquellos con las que convivimos, y hemos de hacerlo mientras podamos recordar con claridad los hechos.

—¿Debo entender que queréis narrar la verdad? –demandó un tanto asombrado, Blédhri.

—Eso es exactamente. La verdad desnuda, sin adornos ni comportamientos épicos; la vida tal y como la hemos desarrollado, experimentado o sentido, que al fin es lo que importa; nuestras propias pulsiones, emociones y querencias, a través de las cuales comprendemos el mundo y decidimos.

—Eso que pedís está muy lejos del *Tristán e Isolda* o del *Caballero de la Carreta* o…

—Lo sé, pero cuentos como esos, o parecidos, me sirvieron cuando aún me quedaban ilusiones; con ellos, a través de ellos, soñando un mundo a mi medida, escapaba de realidades poco amables. Excitaba la imaginación, emprendiendo la utopía de la búsqueda. Hasta me parecía que alcanzaba a romper el hilo de seda que guarda la sabiduría,

convirtiéndome en niño, caballero o poeta. Ahora, las convicciones heredadas han ganado la partida. Sé que no puedo zafarme, por eso pretendo recordar mi vida tal como fue, para intentar hallar respuestas porque, a pesar de que la objetividad se empeña en cerrarme la puerta de escape, la intuición me dice que hay un mundo invisible que me espera.

—¿Respuestas? ¿Qué respuestas? Nadie puede hallar respuestas, sólo inventárselas. Las interpretaciones pueden ser más o menos verosímiles, pero nunca verdaderas –pontificó tajante el anciano–. Tal vez –bajó el tono hasta convertirlo casi en un susurro– si consiguiéramos penetrar en el lugar que, en mística penumbra, guarda lo misterioso y lo sagrado...

—Quiero intentarlo, Bléd. Si no lo consigo, te aseguro que me inventaré esas respuestas o incluso creeré todo lo que me cuentas y me abandonaré a ello sin reticencias ni reparos.

—Señora –quiso él persuadir–, el hombre lleva mucho tiempo en el mundo. Siempre hemos tenido la misma mente. No debemos pensar que los que nos precedieron, por el hecho de nacer antes, eran idiotas. Algunos, los más brillantes, han llegado lejos con sus preguntas, pero seguramente no han sido las apropiadas, porque, si os paráis a analizarlas, sus pretendidas respuestas sólo tienen fantasía y entretenimiento para el pensamiento porque, al fin, lo que intentaron, una vez que llegaron a entender que nunca serían capaces de saber, fue frenar la imaginación, o mejor, orientarla hacia un pasatiempo; así, estando ocupada, pudieron evitar que los arrastrara al abismo.

—Bien, creo que has definido perfectamente lo que pretendo: encontrar un pasatiempo. Quizá consiga conocer los motivos de la existencia si logro penetrar mis propios motivos, y si no, distraeré la mente del motivo único que me ahoga. ¡Ah! Y no le digas a mi capellán que yo te lo he pedido; no quiero que se sienta desplazado.

—Ya que lo mencionáis, Roger podría hacerlo muy bien. De hecho, en todas las casas se encargan los capellanes de hacer la crónica familiar.

—Si hubiera querido que lo hiciera Roger se lo habría pedido. Su cabeza está demasiado encorsetada por sus creencias; deseo realidades, no ideales.

—Bien, señora. ¿Cuándo queréis que empiece?

—Ahora mismo, amigo, ahora mismo.

La comitiva se detuvo tres días en Angoulême. Excepto a la hora de la comida, en que Leonor aceptaba las cortesías de sus señores, pasaba el tiempo en sus habitaciones, descansando o llevada de su nueva pasión, corrigiendo o dictando hechos a Blédhri, que había comenzado a componer la narración.